



EL
FILM
RUSO

LA
DANZA
ROJA

50
CTS.

EDICIONES BISTAGNE

EL FILM RUSSO

La danza roja

Emocionante asunto, interpretado por
Dolores Del Río, Charles Farrell,
Andrés de Seguro y otros nota-
bles artistas.

*

Es un film FOX

(Oro de ley de la pantalla)

Distribuido por

HISPANO FOXFILM, S. A. E.

Valencia, 280

BARCELONA

Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA - Teléfono 18551



La danza roja

Argumento de la película

La Rusia de los Zares estaba amenazada por la revolución y agotada por el frenesí de la guerra.

El pueblo, cansado de pasar hambre, se sentía deslumbrado por las ideas mágicas de libertad que algunos atrevidos propagandistas predicaban como la buena doctrina. Se rumoreaba con indignación contra la Corte que vivía de una manera suntuosa, deslumbrante.

En el frente de batalla ocurrían hechos muy extraños. A pesar de que algunas victorias habían sonreído a las armas rusas, no parecía sino que el Estado Mayor fuese aliado de los alemanes, tan desacertadas y absurdas eran las órdenes que de él emanaban... Y los soldados, perdida la moral, viendo la inutilidad de todos sus sacrificios, comenzaban a rumorear la palabra traición.

El Gran Duque Eugenio, Ayuda de Campo del emperador, que había conseguido numerosos triunfos, espe-

3
raba cierto día la orden de avance que le hubiera permitido aniquilar a serios contingentes enemigos. Pero contra lo que él esperaba, de orden superior llegó la orden de retirada.

—¡Esto es absurdo!—indicó a un general—. Triplícabamos en número al enemigo... ¿Por qué se ordenó la retirada?

El general, que era un verdadero patriota, hizo un gesto triste, de abatimiento, de impotencia.

—Algún formidable ejército del enemigo está obteniendo de nuestro Alto Mando la expedición de semejantes órdenes...—continuó Eugenio.

—¡Id a Petrogrado! Vos tenéis acceso al círculo íntimo de la corte. No faltarán amigos leales que nos revelen la procedencia de esas órdenes.

—Procuraré averiguar la verdad.

Y al día siguiente, el Gran Duque Eugenio, marchó a Petrogrado.

Eugenio era joven, de prestancia gallarda, de una sonrisa casi de niño que no desaparecía de su rostro ni aun en las horas más difíciles... La aristocracia le admiraba, los soldados sentían también cierta veneración por aquel alegre y distinguido militar.

Dos días después se celebraba una fiesta en el Palacio Imperial a la que asistía todo lo más brillante de la corte. Las músicas sonaban dulmente invitando al baile...

En una de las salas del Palacio estaba conversando en aquellos momentos, el general Demetriew con Rasputín, el monje negro. El primero, anhelaba la paz y simpatizaba con los alemanes; el segundo, árbitro de los des-

tinios de la Corte, tenía dominada por entero a la Zarina.

Rasputín no era más que un vividor que explotaba la superstición y la credulidad de la pobre Zarina. Era un hombre alto, de mirada negra, brillante, con una barba hirsuta que semejava un vellón de lana pegado a sus mandíbulas. Tenía las manos callosas, de una suciedad repugnante.

Su influencia llegaba al mismo Zar, a todos los miembros de la corte imperial... No podían vivir sin él, le consideraban un santo, un profeta... Rasputín para continuar gozando de este ascendiente, simulaba tener un poder sobrenatural y aseguraba que merced a él, el hijo del Zar, pobre hemofílico de existencia frágil, recobraba la salud. Cuenta un historiador que estando ausente Rasputín sucedía a veces que sufría el zarevich unos flujos de sangre que los médicos no acertaban a contener. Llamábase entonces a Rasputín y éste, por medio de imposiciones de manos y otros procedimientos misteriosos, detenía inmediatamente la hemorragia. Esta cura milagrosa no era más que un ardid muy hábilmente imaginado por Rasputín con la ayuda de un conocido charlatán del Tíber. Conocía éste un remedio muy empleado en la medicina china que provocaba verdaderas hemorragias, y cuando era preciso realzar el prestigio de Rasputín administrábase este remedio al niño mezclado con los alimentos. Los médicos no sabían cómo atajar el mal y sólo cuando Rasputín llegaba tenían término los sufrimientos de la pobre criatura.

En otras numerosas ocasiones realizaba hechos pare-

cidos ejerciendo poderosísima influencia sobre aquella corte ignorante.

Ese hombre inmoral y basto era el consejero de la corte, el que dirigía la campaña, el que obligaba a la zarina a dar órdenes que casi siempre eran desfavorables a Rusia.

Para Rasputín no había más patria que su dinero, y así se encontraba en tratos con el enemigo, algunas veces de acorde con la emperatriz, que era alemana.

Llevaba aquella noche un buen rato conversando con el general Demetriew a quien dijo:

—Dentro de una hora Su Majestad la Zarina habrá obtenido del emperador la firma para estas nuevas órdenes.

—Es lo que necesitamos.

—Y no olvidéis, general, que si logramos que Rusia abandone la lucha, el enemigo nos pagará bien en prueba de amistad.

Entretanto, la Zarina había hecho el honor al Gran Duque Eugenio de que fuera a cumplimentarla. Se hallaba también con ellos la princesa Bárbara de Oremburgo, una dulce mujer que estaba enamorada del Duque.

Le hizo la Zarina varias preguntas acerca de la guerra y luego le dió a besar su mano dando por terminada la entrevista.

—¡Es adorable el Gran Duque!—suspiró la princesa al verle alejarse de allí.

—Su madre era de cuna inglesa... Quizás sea ello una razón que justifique su tímida deferencia para con las señoras—indicó la emperatriz—. Si mi santo consejero

lo aprueba, ordenaré que se le otorgue un rango más elevado.

—Todo lo merece.

Acercóse una dama y dijo a la emperatriz:

—*El* está aguardando a Vuestra Majestad en sus habitaciones.

—¡Ah, bien!

E impaciente, como si la voluntad de Rasputín fuera su propia vida, salió precipitadamente de los salones.

Poco después volvió a pasar por allí el Gran Duque y, hombre galante, permaneció unos momentos hablando con la princesita.

—¡Cómo quisiera que estuvierais al frente de la guarnición de Oremburgo!—le dijo Bárbara con el anhelo de que estuviese cerca de la residencia donde ella ordinariamente vivía—. Mucho me temo que ocurra una rebelión de campesinos...

—No faltan al pueblo motivos de queja. Pero el egoísmo de algunos mandatarios les está impulsando a la violencia.

—Es un asunto muy interesante para hablar. De hoy en adelante nos veremos con más frecuencia... ¿No le parece?

—Para mí será un gran honor, Alteza—dijo Eugenio, que, entregado a la vida militar, no había sentido hasta entonces la necesidad de casarse ni de amar.

Aun permaneció largo rato departiendo con la princesa hasta que la llegada de otras damas puso fin a la entrevista, y el duque Eugenio salió a un corredor para librarse del ambiente cargado de perfumes.

Un criado le entregó una misiva misteriosa que decía así:

Presentaos sin anunciaros en el saloncito contiguo a la Capilla, que allí descubriréis a los traidores.

Profundamente interesado por aquel mensaje, se dirigió al lugar indicado, abrió la puerta y retrocedió con espanto al ver hablando junto a una mesa a la emperatriz y al monje Rasputín.

Inclinándose ceremoniosamente se alejó murmurando frases de perdón. ¡Oh, aquello era una calumnia! No podía él creer que la emperatriz estuviese complicada en un complot de traición contra los intereses patrios.

Poco le agradó a Rasputín que aquel oficial les hubiese sorprendido en conversación reservada, y dijo a la emperatriz:

—El Gran Duque Eugenio está aprendiendo más de la cuenta.

—¿Qué te parece si lo alejásemos de aquí?

—Lo creo prudente.

—Precisamente la princesa Bárbara de Oremburgo está enamorada de él. Podríamos trasladarlo a esa región.

—Muy acertado. Lo alejaremos de aquí y también del frente de combate, donde parece comienza a sospechar del Estado Mayor.

Una hora después el Gran Duque Eugenio era llamado por el emperador.

El Zar se hallaba ante su mesa de trabajo, rodeado de varios generales y magnates.

Con su sonrisa triste, su mirada tímida de pobre hombre dominado siempre por las influencias ajenas, miró a Eugenio y le dijo:

—Os he mandado venir porque mis consejeros me han persuadido de que debéis contraer matrimonio con la princesa Bárbara. Iréis a residir a Oremburgo, y vuestra visita allí os proporcionará la oportunidad de averiguar la causa de la inquietud popular, de lo que me informaréis.

—Jamás me he enamorado... apenas he pensado en el matrimonio, pero acataré las órdenes de Vuestra Majestad.

—¡Gracias, Eugenio!

Después el Zar salió del despacho hablando con su antiguo ayudante, por quien sentía verdadera amistad... En uno de los salones, Eugenio saludó al zarevich y a las cuatro princesas, cuatro jovencitas adorables que pocos años después debían perecer en la ola roja de la revolución.

Tuvo Eugenio para todos unas frases amables, singularmente para el príncipe enfermo, siempre flaco y doliente, aniquilado por la hemofilia.

Luego volvió de nuevo al gran salón de baile y danzó con la princesa Bárbara, a quien comunicó la decisión de Su Majestad.

Ella se sentía conmovida, plena de emoción, ante aquella boda...

La fiesta duró hasta el amanecer... Poco a poco el palacio fué des poblándose y el silencio reinó en las salas fastuosas.

Y, entretanto, Petrogrado no dormía; velaba agitada por la sedición y deslumbrada de odio ante la suntuosidad de una corte insensata.

* * *

En la prisión de Oremburgo, el asesino y el maestro arrastraban la misma cadena. Quiere decirse que aquel presidio no era sólo para los criminales, sino que era también para los profesores, para los sembradores de las nuevas ideas, para los hombres cultos que habían pretendido levantar al pueblo de la abyección de la ignorancia.

Dentro de sus muros, sufrían los condenados a trabajos forzados una existencia criminal. Se les sometía a un régimen riguroso, de trabajo enervador, asfixiándose junto a los hornos encendidos o extrayendo mineral con agua hasta la cintura.

Cierto día se hallaba en el locutorio mucha gente visitando a través de las rejas a los presos.

Entre ellos estaba Tasia, cuyo padre llevaba algunos años prisionero por defender los ideales de la libertad.

Era una muchacha de piel morena, de ojos ardientes y apasionados, envueltos en ráfagas de dolor.

Un hombre viejo, de cabeza completamente blanca, avanzó tembloroso hacia la joven:

—¡Padre mío!

—¡Tasia! ¡Tasia!

Sus rostros se juntaron y se besaron llorando.

Tasia recordaba al padre de los días mejores, alto y fuerte como un roble. Nada quedaba ahora de aquella antigua robustez. Estaba pálido, encorvado bajo el constante trabajo; las carnes le habían abandonado como si

oliesen la proximidad de la miseria, y sus ojos, rojos y quemados por el fuego del horno, tenían una mirada de fatiga.

—Tasia, ¿has hallado a alguien que esté dispuesto a sacarte de esta maldita tierra siempre esclavizada?

—¡A nadie, padre mío!... Pero no debes preocuparte por mí...

—Yo soy viejo... de nada sirvo ya... Vete de nuestro país antes de que te detengan también... ¡Huye!

—¡No... no! Todos los meses vendré a verte, esperando ardientemente días mejores... ¡No te abandonaré!

El viejo fué arrancado de repente de los brazos de Tasia por un sayón brutal, que le decía:

—¡El plazo ha expirado! ¡Sesenta latigazos por cada minuto más!

Enloquecida, vió perderse a su padre por una estrecha puerta lateral que conducía a las celdas sin ventilación, donde hacinaban a los reclusos como bestias.

Tasia fué retrocediendo con la mirada fija en aquella puerta de hierro que se acababa de cerrar.

Pasó con el semblante rojo de indignación ante una mesa en la que se encontraba escribiendo un oficial que tenía una expresión indiferente ante la continua repetición de tanto dolor.

Ella no pudo contenerse y levantó el puño con actitud rencorosa:

—¡Miserables! ¡Torturando así a los hombres porque tuvieron el valor de pensar! ¡Flagelando sus cuerpos por matar sus almas! ¡Llenando de riquezas los palacios con la carne de estos muertos en vida! Pero día llegará en

que escaparéis como ratas, cuando los que ahora padecen puedan satisfacer su sed.

El oficial no le contestó, ni tampoco otros militares que allí se hallaban.

Viéndose tratada con aquella indiferencia, Tasia se alejó llorando.

Uno de los oficiales, el teniente Taranoff, simpatizaba con los oprimidos, deseando que la libertad les fuera restituida.

—¿Quién es esa mujer?—se atrevió a preguntar.

—Es la hija de Gregori Ivanoff, a quien se ha encerrado aquí por enseñar a leer a los campesinos... Ella misma es sumamente peligrosa por sus conocimientos.

Taranoff sonrió de modo significativo. No quiso seguir indagando... pero ¡quién sabe si una mujer como aquella podía ser el instrumento de venganza, el medio de libertad!

Y, sonriente, se enfrascó en la lectura de un diario de la capital.

* * *

Tasia, a raíz del encarcelamiento de su padre, había ido a refugiarse en la granja de los Yakitch, situada cerca de Oremburgo.

Efectuaba allí los menesteres de criada y hacía toda clase de faenas agrícolas, esperando tiempos mejores en que su padre volviera a reunirse con ella.

Antes de la guerra tenían una casa y varias leguas de tierra; pero todo les fué confiscado por el Gobierno autócrata que padecían.

Tasia era incansable en su trabajo; su carne parecía de hierro; bajo la dulzura exterior vibraba el mismo temperamento de roble de su padre. Su belleza se mantenía intacta como si el constante oreo de la brisa campesina perfumara sin cesar la tierna frescura de su morena piel.

Un día, después de comer, Tasia se dirigió a un campo vecino para cuidar del arado.

De pronto vió venir hacia ella a Iván Petroff, un verdadero oso del Báltico, brusco y juguetón, tan amigo de las mujeres como aficionado al vodka.

Entre las barbas descuidadas de Iván apareció una sonrisa de sátiro que ve cercana la presa de sus ensueños.

Iván no era mal hombre, a pesar de su apariencia ruda y de su constante amor al vino.

Dentro de su brutal cuerpo vibraba a veces un compasivo corazón. Se complacía, sin embargo, en apagar todo afecto en su alma, y de continuo aparecía brusco y feroz.

Había sido soldado, pero gozaba ahora de licencia.

—¡Ven acá, Tasia!—le gritó—. Vayamos juntos a arar el campo.

Pero Tasia le tenía miedo a aquel soldado, que ya otras veces la había perseguido, y echó a correr, sin poder evitar que Iván la apresara.

—He estado seis meses en el frente, Tasia... ¿No me vas a dar ahora un besito?

—¡No me toques!... ¡Vete!...

—¡Tontuela!

La había derribado al suelo, y cayendo sobre ella pretendía besarla.

—¡Socorro!... ¡Socorro!

—No tengas miedo. Todo lo que quiero es jugar contigo...

Los gritos de socorro llegaron a la granja y el matrimonio Yakitch y su hijo, armándose de garrotes, corrieron en auxilio de la doncella, comenzando a repartir palos sobre el cuerpo recio de Iván.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me pegáis?—protestó Iván, incorporándose—. ¿No veis que estoy haciendo la corte a la chica?

—¡Bonita manera!

—Tasia me gusta... Quiero hacerla mi mujer... Os la pido por esposa... Os pagaré bien el favor.

Tasia, al oír aquellas palabras, se fué apartando, horrorizada, en dirección a la granja... ¡Qué miedo tenía a los propósitos de aquel hombre!...

Los Yakitch se miraron con avaricia. Tasia estaba adscrita a aquella casa como criada, y por tanto no tenía voluntad propia, y pues que la mantenían, justo era que no se opusiera a cuanto por su bien ellos le ordenasen.

—¡Conformes! Pase a casa y haremos el trato de boda.

Momentos después estaban sentados a una mesa, junto a la lumbre, discutiendo las condiciones de venta.

—No, nada de dinero—interrumpió Iván—. Lo más que ofrezco nunca por una mujer es un caballo.

—Es poco.

—La chica no vale más. ¡Traédmela!

Obligaron a Tasia a presentarse, e Iván comenzó a acariciarla, deleitándose en los tesoros de aquel cuerpo... Tasia cerraba los ojos, asustada ante aquella venta que la convertía en una esclava.

—Me gustan más gorditas—dijo Iván—. Sobre todo en invierno...

—Esta sería una esposa inmejorable, señor. Trabaja como un buey. Y, además, es bailarina. Podría ponerla a trabajar si llegara a cansarse de ella.

—Perfectamente... El trato está hecho... Me llevo a la muchacha y ustedes se quedarán con el caballo...

Como no daba más, los Yakitch se conformaron con ello...

—Ven acá, tontuela—dijo Iván—; si no, voy a creer que no me quieres...

—No quiero casarme—susurró la moza.

—Conmigo tendrás un buen marido... Mira, voy a buscar el caballo. Esto te acabará de decidir... y cuando vuelva, ten las ropas preparadas, pues quiero partir esta misma noche.

Apenas se hubo alejado, Tasia protestó enérgicamente:

—No le amo... no amo a nadie... y hasta que me enamore no me casaré.

—¿Esas son las teorías que aprendes en tus libracos?

Y como ella protestara, comenzó la Yakitch a azotarla con la fusta.

De pronto vieron avanzar con paso rápido a un oficial. Era el Gran Duque Eugenio, que realizaba de incógnito un viaje de inspección, sin ser reconocido por ninguno de los lugareños.

La Yakitch tiró la fusta y procuró excusarse ante el militar de su brutalidad.

Tasia, viéndose libre, se ocultó en la granja, no sin antes envolver en una mirada de agradecimiento al joven militar que había intervenido en su favor.

—¿Por qué pega usted de ese modo a la jovencita? ¿Qué daño ha hecho para que la trate tan mal?

—Es la hija de un amigo nuestro, que rehusa un buen partido...

—¿Y de cuándo acá se tiene derecho sobre el alma de las gentes? Si ella no quiere casarse, déjela en buena hora. Valdría más que se cuidara de sembrar, que veo por aquí muchos campos abandonados. ¿Por qué no lo hacéis?

—¿Para qué, honorable señor? El Zar lo reclama todo para las necesidades de la guerra... y los cosacos nos saquean constantemente.

Eugenio lamentó interiormente los procedimientos del Gobierno, y contestó:

—Hagamos un trato... Si dejan ustedes de maltratar a la muchacha me comprometo a mantener alejados de aquí a los cosacos...

—Gracias, señor oficial. Así se hará.

El Gran Duque Eugenio siguió su ruta, pero momentos después volvió a la granja con el propósito de ver de nuevo a aquella hermosa joven.

—¿Pueden ustedes indicarme al camino para ir al pabellón de caza del Zar en Oremburgo?

—Con mucho gusto. Tasia, enséñale el camino... y sobre todo no le hables mal de nosotros...

—No quiero que golpeen nunca más a esta joven... Es muy libre de sus actos.

Tasia, emocionada, acompañó al Gran Duque hacia un cercano camino desde donde podía irse directamente al pabellón de caza.

—Siguiendo por aquí, dentro de media hora estará usted en la cabaña.

—¡Gracias, amiguita!... No me olvidaré de usted. Y, créame, no se case nunca con un hombre al que no ame.

—Eso pienso yo, señor.

Eugenio tendió la mano a la hermosa campesina, te-
niéndola un momento entre las suyas con suave apretón.

Luego partió. Y volvióse varias veces para decirle adiós.

Ella le sonreía, le miraba... como mira una mujer.

* * *

Un agitador fomentaba en el villorrio el descontento... Aquella noche se celebraba una reunión clandestina de hombres entusiastas que lloraban los dolores de su patria, les buscaban remedio y anhelaban derribar al Zar de su trono.

Uno de ellos, Sasoff, de rala barba negra y ojos cansados de intelectual, les decía:

—Somos varios millones de hombres que sufrimos el yugo de nuestros tiranos. ¿Durante cuánto tiempo seguiremos tolerando esto? Para el general, caviar... Para el pueblo, las sobras... Esta guerra debe terminarse... Que los hombres deserten en mayor número... ¡Arriba! ¡Sois hombres, no esclavos! ¡Tomad cuánto deseéis! ¡Es vuestro!

El entusiasmo era delirante... Llegó poco después el teniente Taranoff, a quien Sasoff explicó:

—Nuestra obra aquí ha sido fructífera. No hace falta sino un líder que conduzca al pueblo a la rebelión.

—Yo seré ese líder... Y si el monje negro adquiere un



—... no se case nunca con un hombre al que no ame.

dominio mayor que el necesario, le haremos desaparecer.

—La hora está próxima... Y dime, ¿habéis podido ob-

tener informes acerca de esa campesina de que me hablasteis el otro día?

Taranoff no le respondió, pero le entregó en silencio un libro. Lo hojeó Sasoff y vió en una de sus páginas escritas estas líneas:

Hemos encontrado ya a la campesina Tasia. Nos será muy útil para nuestra causa.

—¡Admirable!

Y la reunión siguió cada vez más animada, con el entusiasmo de la victoria que veían cercana.

* * *

Iván se presentó ante la tienda de un vendedor de comestibles, y escogiendo una magnífica longaniza, huyó con ella.

—¡Eh, señor soldado!... ¡Por ese precio no la doy!...

—¿Qué pasa? ¿No sabes que todo es gratis? Te habrás de esperar algún tiempo para cobrar...

Y riéndose de la cara asustada del mercader, volvió a la granja.

Tasia había regresado ya y entretenía un repentino ocio leyendo el libro de un poeta del país que soñaba en una humanidad nueva.

—¡Siempre lo mismo!—rugió la granjera—. No olvides que tu padre fué a prisión perpetua por enseñar al pueblo lo que aprendió en los libros.

—Sólo la sabiduría nos podrá dar más libertad.

—Para vivir no se necesita leer.

Y la vieja destrozó furiosamente el libro y luego lo echó al fuego.



Un agitador fomentaba en el villorrio el descontento...

Momentos después aparecía Iván.

—Ya veis que soy hombre de palabra... Una longaniza y un caballo. Creo que saldréis ganando con el cambio. Qué, ¿seguimos tan enfadados como antes, Tasia?

Quiso acercarse a ella, pero Tasia se apartó más y más, repugnándole aquel constante aliento de vino.

—¿Es que no me encuentras bastante arrogante? Pues bien, volveré pronto y te maravillarás de mi transformación... Tú, vieja, vete cocinando mientras yo voy a la barbería...

Encaminóse al trote hacia el pueblo. Llegó a una peluquería en cuya entrada había un letrero despintado:

Barbería de Vasilieff

Corte de Pelo. Se afeita. Extracciones de muelas

Entró. En desvencijados sillones estaban los clientes, gente pobre y sucia que más que afeitarse hubiera necesitado tomar un baño de cabeza a pies.

En un sillón se encontraba un vejete con la boca abierta, y ante él uno de los dependientes, con las atormentadoras tenazas, procuraba arrancarle la muela del juicio. Iván, sonriente, se brindó a efectuar la extracción, y en pocos momentos logró arrancarle la muela careada.

Contento de su éxito, dijo a uno de los hombres que esperaba ser afeitado:

—Cédeme el turno, que me esperan para casarme. Si lo haces te permitiré que vengas a bailar en la fiesta de mi boda.

El cliente accedió, y diez minutos después la cara de Iván aparecía completamente rasurada y había perdido gran parte de su aspecto brutal.

Contemplóse al espejo, se roció la cara con una esponja y aun se puso en el enmarañado cabello unas cuantas gotas de agua de Colonia... Y como la botella oliese bien, Iván echóse también otras gotas en la garganta,

que le quemaron la carne como una brasa encendida.

Tuvo que refrescar para apagar el calor, y volvióse rápidamente hacia la granja.

Su sorpresa fué inconcebible cuando los Yakitch le dieron la noticia de que Tasia había huído.

Iván se enfureció de veras.

—Voy a ver si encuentro a la palomita—dijo—, pero denme unas botellas de vodka para no hacer tan larga la jornada.

Le entregaron lo que pedía, e Iván se dirigió en busca de la fugitiva. Mientras avanzaba, acariciaba la botella y hasta bebía algunos sorbos.

El vino sí que no engañaba nunca. Además, salía más económico que cualquier mujer. Y mientras sentía en sus entrañas el intenso calor del vodka, casi se arrepentía de querer unir su vida a la de una mujer esquiva y caprichosa.

De pronto comenzó a llover de una manera violentísima... Tapó al instante la botella. Una gran desgracia si se hubiera agitado su contenido. ¡El agua... para los peces!

Pero como tampoco deseaba soportar el chaparrón, viendo un compacto pajar, abrió un huequecito en él y se encerró en la improvisada habitación.

Y como la lluvia no escampase, pasó allí la noche, bebiendo todo el vino y acabando por dormirse pesadamente.

* * *

Tasia avanzaba desorientada por los caminos con el anhelo de alejarse para siempre de la granja.

No quería ser la esposa de Iván, y antes que ello sucediera, prefería las amarguras del éxodo.

Comenzó a llover; el agua caía espesa y furiosa... Para colmo de desdichas oyó ladridos furiosos y escuchó el rumor de una jauría que avanzaba.

Encaramóse a la copa de un árbol y así pudo librarse de la presencia de unos canes furiosos que alzaban la cabeza protestando contra la intrusa.

No muy lejos de allí estaba el pabellón de caza que pertenecía al Zar y a donde había ido a refugiarse durante la noche el Gran Duque Eugenio.

Este, fumando un cigarrillo, meditaba sobre los acontecimientos de su vida.

En breve iba a casarse con la princesa Bárbara, matrimonio impuesto por la Zarina.

El no amaba realmente a aquella mujer, pero los deseos claramente expresados por el Zar le habían obligado a ceder a aquel mandato.

A veces su alma se rebelaba contra estas injusticias. ¿Es que nadie tenía libertad? ¿Es que aun en las cosas del amor la Corte debía interponer su nefasta influencia?

Estaba sumido en estos pensamientos, cuando oyó unos ladridos. Serían los canes de la jauría del guardián del pabellón.

Salió y llegó hasta el árbol donde se había refugiado Tasia. Obligó a marchar a los perros, y cogiendo suave y alegremente a la joven, la trasladó a su refugio.

No se habían reconocido entonces a causa de la obscuridad, pero ahora, en el interior del pabellón, lanzaron un doble grito de agradable sorpresa al verse.

—¡Siéntese usted y tranquilícese!—le dijo él.

—¡Qué bien se está aquí después del frío que he pasado antes!

—Sí, la noche no convida a aventurarse por el campo. Pero va usted chorreando, criatura... Tome, esto le sentará bien.

Le dió a beber una copita de licor y Tasia sintió en su cuerpo un fuego que la retornaba.

Después quitóse los zapatos, los toscos zapatos y la falda, quedando en enaguas.

Apresuróse Eugenio a envolverla en un abrigo, y la joven aparentó mayor tranquilidad.

—¡Vamos a cenar!—le dijo él, tiernamente interesado por aquella mujer que tenía la belleza limpia de las campesinas—. Mientras se le seca la ropa y para de llover, usted me acompañará tomando algo.

—Gracias, ya cené.

—No importa... Quiero que lo haga conmigo. Me encanta su compañía, Tasia. En estos momentos me siento un hombre feliz y dispuesto a servirla.

Los grandes ojos negros de Tasia se clavaron en él... ¡Cuán simpático y atrayente era este militar. Pero ¿cómo hacerse ilusiones? ¿No comprendía la distancia social que les separaba?

—Seguramente existe más diferencia entre nosotros que la que hay entre nuestro calzado—murmuró.

—Y quizás sea ésta la causa de nuestras tribulaciones. Pero... acomódese usted a su sabor. Afuera, llueve... Aquí disfrutamos de un buen fuego... Olvide usted toda posición.

—¿Cómo he de olvidar toda posición? Mañana me casan con un hombre que da por mí un caballo...



—Me encanta su compañía, Tasia.

—La diferencia que existe entre nosotros no es, pues, muy grande. Yo también tengo que casarme con alguien a quien no amo. Ya ve cómo nos parecemos.

Cenaron frugalmente. Las ropas de Tasia se habían secado. Ella quiso arreglarse el cabello, y Eugenio le

sostuvo un espejo para que se alisara la mata negra, casi azul, de su cabeza.

Tasia se levantó para marchar. Pero él la detuvo con dulce gesto.

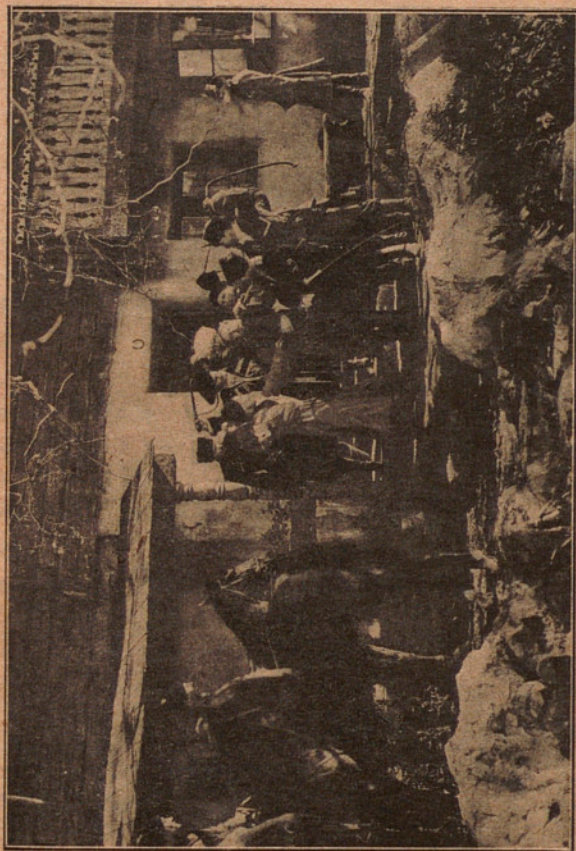
—Cuénteme algo de su persona, Tasia. Usted es fina, instruída. ¿Por qué vive en casa de esos rudos campesinos?

—Mi historia es tan vieja como Rusia. El calvario eterno del campesino... Vivíamos en Oremburgo... Mi padre educaba a los campesinos en el arte, la música, el baile. Me dió una buena educación pensando que algún día sería bailarina de la Opera... Mi madre era maestra, esforzándose por plantar en el corazón de sus discípulos la semilla de la libertad. Un día, hace tres años, entraron los cosacos en casa... y mataron a mi madre, que estaba dando lección a unas niñas... Por toda justificación el jefe de aquellos miserables dijo: "Una profesora menos que inflame al pueblo"... A mi padre lo enviaron a prisión. Quedó el hogar deshecho... y yo tuve que refugiarme como criada en la granja de los Yakitch.

La había escuchado el Gran Duque con profundo interés. El era un espíritu liberal, y reprobaba tan criminales procedimientos. ¿Pero cómo hacerlo para librar a la patria de la tiranía? Todos eran esclavos del Zar, de la Zarina o de la serie de gentes misteriosas que manejaban los destinos de Rusia.

—No se preocupe—le dijo—. Las cosas cambian... No será siempre así.

—¡Cambian con demasiada lentitud!—respondió tristemente—. Pero dice usted bien, eso no seguirá así. Mi



—A mi padre lo enviaron a prisión.

lones de seres sólo esperamos una señal para levantarnos a defender nuestra patria oprimida.

Eugenio hizo un gesto de sorpresa ¿Cómo? ¿Alguna intentona? Arqueó las cejas con repentino temor, pero

desechó su disgusto creyendo que las palabras de Tasia no tenían una base sólida.

Tasia pareció comprender la imprudencia de sus palabras. ¿Es que olvidaba que estaba hablando con un militar, con uno de los opresores?

—He dicho más de lo que debiera... Mañana va usted a enviarme a los cosacos... ¡Ah, qué loca... y ni siquiera sé quién es usted!

—Soy un amigo suyo, un amigo del pueblo. Si en mi mano estuviera, creo que sabría hacer feliz a nuestro pueblo...

—¡Dios quisiera que así fuese!

—No tema... Soy un hombre que adora a usted desde que la vió.

Tasia, un poco emocionada, intentó marcharse.

—No, no quiero que se vaya. Vuelve a llover... Debe usted pasar la noche aquí. Usted no me odia.

—No, no siento odio por usted—contestó con dulzura.

—¡Tasia! ¡Mi Tasia!

Y abrazándola estrechamente, el Gran Duque Eugenio le dió un largo beso en los labios.

Ella le rechazó débilmente.

—¡Perdóname!—suplicó Eugenio—. Soy un loco. Me he dejado dominar por un momento de locura. ¡Pero es usted tan adorable, Tasia!

—¡Si sigue hablándome así, me marcharé!

—¡No se vaya! ¡Callaré! Seré su guardián. Voy a prepararle un lecho.

Extendió en tierra una larga y mullida piel de oso.

—Aquí podrá descansar.

Tasia, sonriente, fué a ocupar aquel sitio. Estaba pre-

ocupada, anonadada. Se sentía vencida, dominada por aquel hombre joven, el primer ser que le interesaba en el mundo del amor.

Eugenio se acercó a ella y se tendió a su lado.

—¡Tasia!—suplicó, enlazando sus manos—. ¡Estoy loco por ti! ¡Me has embrujado esta noche!... Te quiero... te necesito... mi Tasia.

Juntó otra vez sus labios con los suyos...

La mirada de Tasia pareció desvanecerse en extraño éxtasis... Esta vez ya no le rechazó.

* * *

Amanecía... Iván despertó en el pajar con un terrible sabor de boca. Estaba de malísimo humor... Había bebido mucho vodka...

—¡Qué estúpido he sido! ¡Me afeité y hermoséé como un maniquí y me olvidé de casarme!—murmuró.

Entretanto Tasia, que había pasado la noche con el Gran Duque, acababa de abandonar el pabellón de caza, dejando dormido al militar.

Bien comprendía que era absurdo pensar en el amor de aquel hombre. Había sido un momento de locura lo que la llevó a sus brazos. Ahora se acusaba de su imprudencia... Eran de dos mundos distintos, no podían vivir juntos.

Y apenas abandonó el pabellón con el ánimo de ir a formar su vida en otro paraje distinto, lejos de aquellos recuerdos.

La luz matinal había serenado su espíritu, animándola a una vida nueva.

En medio del camino junto a un pajar descubrió a Iván.

Su primer intento fué escapar, pero luego se mantuvo ante él sorprendida por la transformación que éste había experimentado.

No llevaba barba y su aspecto era menos feroz que antes.

—¡Hola, buena pieza!—le dijo él—. Conque no quieres casarte conmigo, ¿eh?

—¡No!...

—Mira, Tasia... Tal vez tengas razón. Lo he estado meditando... Yo tampoco quiero casarme. No acaba de convencerme la vida matrimonial... Además, estoy decidido a no hacerlo... Se hubieran suicidado demasiadas mujeres...

—¿Hablas de veras?—le dijo alegremente.

—¡Ya lo creo! ¡Eres libre, Tasia! No te volveré a importunar... Es muy pesado eso de vivir siempre con una mujer...

Aquel hombre veleidoso rechazaba todo intento de boda. Con el mismo tesón con que antes se quiso casar, ahora huía de la idea de aquel enlace.

—Te estoy muy agradecida, Iván... Yo también deseo vivir soltera.

—Demasiado que lo vi ayer... Bueno, voy en busca de mi caballo, antes de que despierte el fulano a quien se lo robé...

—¡Sin barba estás más guapo! ¡Palabra!

—Ya lo sé. Eso me dijeron anoche, y de satisfacción me puse como una uva...

Tasia le miraba con alegría. Aquel hombre casi infan-

til no parecía el de antes. Y confiados echaron a andar los dos por el mismo camino.

Llevaban algún tiempo andando cuando les llamó la atención un grupo de soldados que cavaban un hoyo. Cerca había una cruz tirada al suelo.

Un soldado les informó de lo que ocurría.

—Vamos a enterrar a un tal Gregori Ivanoff. Lo trasladábamos de prisión y ha muerto en el camino.

Tasia lanzó un grito de horror. Gregori Ivanoff era su padre. Comenzó a llorar con desesperación.

—Su padre está allá, en aquella casa—la informaron—. Le trasladamos del trineo... y allá quedó.

Corrió hacia el caserón, seguida de Iván.

Dentro había paisanos y militares, entre ellos el teniente Taranoff, quien la acompañó hasta el féretro donde reposaba con la serenidad de la muerte el pobre patriota.

—¡Yo te vengaré, padre mío!—dijo Tasia, besando el rostro afilado del viejo—. ¡Tu muerte no quedará impune!

Estas palabras hicieron sonreír al escritor Sasoff, que también se hallaba allí con el teniente. Y murmuró al oído de éste con honda satisfacción:

—Personas así son las que necesitamos... ¿No te parece?

—¡Déjala para mí!

Suavemente apartó a Tasia del cadáver de su padre y la condujo al otro lado de la estancia. Iván la miraba de lejos con cierta piedad. ¡Pobre mujer!

—Yo podré ayudarte a vengar a tu padre—le dijo Taranoff.

—¿Usted?

—Yo te guiaré hasta un hombre que está oprimiendo al pueblo. No necesitas saber siquiera su nombre.

—¡Estoy dispuesta a todo!

Siguieron hablando en voz baja, concertando el plan.

* * *

Pasaron unos días. Aquella mañana se había celebrado en Oremburgo el matrimonio de la princesa Bárbara con el Gran Duque Eugenio.

Iba Eugenio contra su voluntad a aquel casamiento, pero no podía volverse atrás. Tenía grabadas en el alma las facciones de aquella criatura del campo que le embriagó con sus besos.

¿Por qué le había abandonado tan de repente? En vano quiso averiguar...

Y con aquella suave melancolía del alma tuvo que casarse por razones de Estado.

El obispo bendijo la unión y luego, a usanza del país, dirigióse a la habitación nupcial y bendijo también el tálamo.

Entretanto los conspiradores no perdían el tiempo. Taranoff había introducido, burlando la vigilancia de la guardia, a Tasia en el alcázar del Duque.

Puso en sus manos un revólver. Era preciso que matase al Gran Duque Eugenio en el día de su boda. Para el odio de los revoltosos no había diferencias en la familia real, y tan odioso les era el Zar como los príncipes. Ahora querían herir al Gran Duque pensando en que las simpatías que éste gozaba en el pueblo pudieran

ser una razón para que pudiera aspirar al trono. Y ellos querían derribarlo totalmente y levantar sobre sus astillas el poder soberano del pueblo.

Tasia, que ignoraba que Eugenio fuese el hombre que la amó una noche, fué avanzando por las habitaciones hasta que consiguió ocultarse detrás de una amplia columna de uno de los saloncitos.

Se había terminado ya la ceremonia. Bárbara, la novia, se encontraba en la estancia nupcial. Hacia allí, con melancolía, se encaminaba el Gran Duque.

Se disponía Eugenio a atravesar el saloncito, cuando vió un bulto que avanzaba hacia él, y presintió la existencia de un grave peligro.

La habitación estaba casi a oscuras. Esquivó la presencia de la sombra y al propio tiempo pasó ante sus ojos un fogonazo y escuchó una seca detonación.

Eugenio lanzóse violentamente contra aquella figura humana y la llevó de un violento tirón junto a unos candelabros encendidos.

Escuchóse un doble grito de estupor, de emocionante sorpresa. Se habían reconocido.

—¿Es posible que hayas armado tu brazo para matarme?—dijo él.

—¡Dios mío!—suspiró Tasia, temblando de miedo—. ¡No sabía que era a ti a quien había de matar!... ¡No lo sabía!

—¡Desgraciada!

—¿Qué iba a hacer yo? ¡Perdóname, Dios mío!

Se oían cercanos pasos. Eran los servidores del Duque que corrían por las salas, ávidos de averiguar las causas del disparo.

—¡Huye... pronto... escapa!—le dijo él—. Yo no te descubriré.

—¡Pobre de mí!

—Márchate. Ahora parto yo para el frente. Y algún día... en alguna parte... nos encontraremos de nuevo...

Y sin poder contener el impulso de su alma la abrazó y permanecieron unidos un momento en vibrante caricia.

—¡Pronto! ¡Por aquí!

Le abrió disimuladamente una puertecita por donde la muchacha escapó sin ser vista por la guardia.

Tasia subió al coche de Taranoff, que la esperaba allí cerca.

—¿Y qué?—le preguntó éste.

—Fracasé. Me descubrieron... Tuve que escapar.

Iban cayéndole las lágrimas. ¡Y ella había querido matar al hombre que constituía su más grato recuerdo!

—Tú no tienes la culpa del fracaso—le dijo Taranoff.

—No importa. No hay que desanimarse... La hora de la revolución se aproxima... Como una medida de seguridad te encomendaré a mi hermano el director del teatro de la Opera.

—¡Gracias... gracias!

Y seguía llorando silenciosamente por lo que había hecho.

Mientras, el Gran Duque había calmado a los palatinos, y lentamente había entrado en la cámara nupcial con el alma bañada en el recuerdo de Tasia, la mujer que, tal vez por odio político, le había querido matar.

* * *

La revolución había triunfado. El Zar había sido derrocado. Y un pueblo embriagado de poder, incapacitado para gobernar, hacía de la antorcha de la libertad un tizón de odio.

En el frente los soldados abandonaban sus posiciones, de una manera desordenada y violenta, perdiendo en la retirada numeroso material de guerra.

Las tropas del Gran Duque Eugenio retrocedían también con la desesperación de la derrota.

Cuando Eugenio se disponía a partir hacia la capital, recibió un mensaje telegráfico que le dejó anonadado. Decía así:

Nuevas guarniciones pasadas al enemigo. Princesa Bárbara, asesinada.

Largo rato tuvo aquel papel entre las manos, pareciéndole su texto un absurdo. Pero ¿era posible?

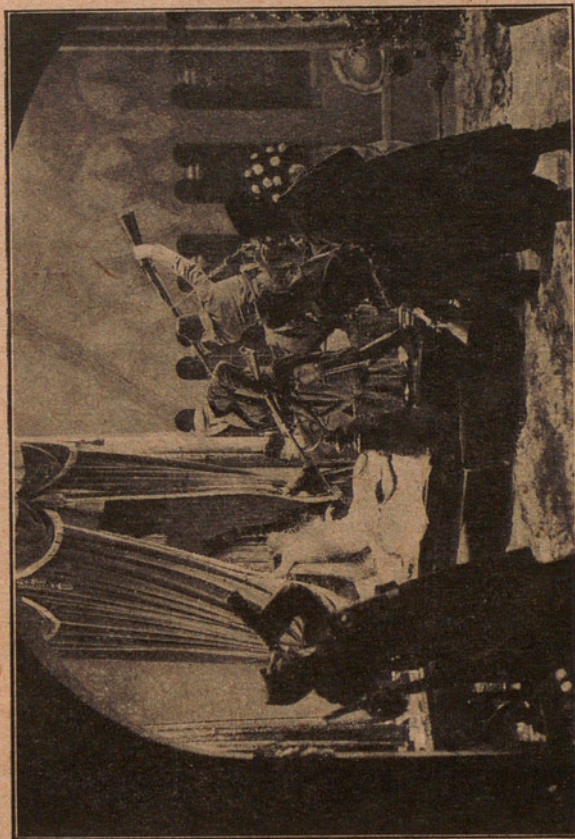
¡Pobre Bárbara! ¡Desgraciada princesita nacida para una existencia de lujos y que de pronto se veía sumergida en el abismo de la muerte!

No la había amado, pero sintió con toda su alma su desaparición.

¡Pobre mujer... y pobre patria! ¿Qué iba a ser de ésta? ¿A dónde la conduciría la invasión revolucionaria?

Como jefe de uno de los ejércitos, procuró aún reunir los últimos elementos dispersos para efectuar una retirada ordenada, sin dejar girones de vida en el camino.

¡Todo inútil!... Se había perdido la moral. Su ejército era como un espectro.



¡Desgraciada princesita!...

Días después, la revolución había triunfado en el país. Ciudades y aldeas habían caído bajo el poder de los antiguos dominados y se alzaban al cielo, ardientes himnos de libertad.

Iván, el antiguo soldado, era ahora uno de los directores de las fuerzas vencedoras.

—¡El mundo se ha vuelto loco!—decía a sus amigos—. Todo anda vuelto del revés... Tasia está convertida en danzarina del teatro de Moscou y yo en general.

Otro revolucionario leía una revista frívola y de pronto mostró a sus amigos una fotografía, diciendo:

—¡Qué mujer tan encantadora!

—Es mi amiga la bailarina Tasia—dijo Iván con entusiasmo—. La conozco. He hablado mucho con ella.

—Tú, no exageres, querido. Ya sabemos que estuviste metido en el campo y allí no hacen flores tan preciosas.

—¡Yo no miento nunca!—protestó con cómica indignación—. Tasia estuvo a punto de casarse conmigo, pero yo le di últimamente calabazas. Prefiero ser soldado y asistir a cien combates que vigilar a mi mujer entre los bastidores de un teatro.

Todavía surgieron nuevas burlas y denuestos, pero Iván, sin hacer caso, se bebió varias jarras de cerveza, con la embriaguez del hombre que quiere ahogar sus recuerdos.

* * *

Tasia había logrado un éxito delirante en el teatro de la Opera. Tenía estilo, bailaba de modo maravilloso. Su Danza Roja tenía un éxito singular y emocionaba a las multitudes como una canción de esperanza.

En la vorágine de su arte, Tasia olvidaba su tristeza sentimental. Sabía que la esposa del príncipe había muerto, pero consideraba imposible una unión que nada grato podía anunciar.

Iván había logrado efectuar una escapada a la capital, y una noche fué al teatro de la Opera, donde admiró el éxito de la bailarina.

¡Cuán hermosa era! Le parecía todavía más aceptable que antes, cuando estaba en la campiña.

Si algún día se quisiera casar, elegiría a aquella mujer. Pero al pensar esto, en el rostro del soldado apareció un tinte de melancolía...

No se hacía ilusiones. Sabía la repulsión con que ella le trataba anteriormente.

¡Nunca hubiera sido suya de verdad, nunca! Acaso fuera su esposa de una manera obligada, contra su propia voluntad, pero con el alma muy alejada de todo transporte pasional.

Aún recordaba lo contenta que ella se había puesto cuando Iván le dijo que renunciaba al casamiento.

Y el pobre Iván, ruda carne de soldado bajo la que latía un corazón ávido de amor, sufría y se enternecía al evocar tan dolorosos recuerdos.

No, no estaba hecha para él aquella criatura. Ahora, viéndola actuar en escena, aclamada por millares de manos, se sentía más alejado de ella que nunca. Les separaba una distancia terrible; él, aunque ascendido a general, no dejaba de ser el mismo hombre rudo y feroz, y ella, en cambio, se había elevado sobre su propia obra de belleza.

Quiso olvidar, y cuando acabó la función fué al camarín de Tasia.

Ella le recibió con agrado.

—¡Oh, Iván!

—¡Tasia! ¡Qué cambio ha dado tu vida!—dijo él, pa-

seando su mirada por la lujosa estancia—. Eso no se parece en nada a la granja de los Yakitch, ¿verdad?

—No me hables de ello. Siéntate, Iván. Para ti la vida también ha sido buena al parecer. Has ascendido, ¿verdad?

—Soy general. Todos los que ayer éramos unos desgraciados, ahora somos jefes. El barbero es general, y Yakitch, el cara de chivo, es ministro de instrucción del distrito... si acaso encuentra quien pueda leerle el nombramiento. Todo va bien, muy bien.

Vió una botella sobre la mesa y se dispuso a apurarla. Ella le suplicó:

—No bebas. Te perjudica. Si pudieras servirte siempre de la inteligencia serías el hombre más grande de Rusia.

—¡Bah! ¡Tengo ya dos metros y medio! Por complacerte no beberé. ¿Te parece que un cigarrillo me impedirá crecer?

—Fuma con tranquilidad.

Mientras saboreaba el cigarro vió un retrato sobre el tocador.

—¿Cómo es que guardas aquí un retrato de ese bobo del duque?—rugió—. ¿No sabes que es enemigo de la causa?

—¡El amor es la única causa de la mujer!— No puedo odiarle.

—¡Claro, te habrás enamorado de él! ¡Qué asco me dais todas las mujeres! ¡Puah! Me marchó. Pero ese miserable duque, ¡si algún día cae en mis manos!...

Y su expresión fué de odio salvaje, en el que había algo más que la rivalidad política; existía también el rencor del celoso contra el rival afortunado.

Abandonó disgustado el camarín. Y Tasia entonces estrechó contra su corazón el retrato del duque y recordó con deliciosa alegría las frases de él:

“Algún día... en alguna parte... nos encontraremos de nuevo.”

* * *

Unos días después, en los sótanos del teatro de la Opera, se había reunido el Comité de Defensa Nacional, entre cuyos miembros figuraban Taranoff e Iván.

Taranoff había dado cuenta de la muerte de Rasputín, muerte cometida en circunstancias novelescas, después de una cena, envenenado primero y cazado a tiros como un perro rabioso. La patria respiraba.

Tasia se presentó en la reunión. Llevaba en la mano un paquete de joyas que dejó sobre la mesa.

—Vendan todo esto para obtener dinero con que educar al pueblo y comprar pan para el hambriento... y evitar que se siga derramando sangre.

—Gracias, Tasia—le dijo Taranoff—. Nuestro triunfo es seguro. Los últimos adversarios del régimen caído se están rindiendo ya.

—Pero aun vive un hombre que pudiera lograr la unificación de la nobleza y salvar la monarquía—dijo uno de los conspiradores—. Es el Gran Duque Eugenio.

—Hay que matarlo, impedir que pudiera intentar alzar un nuevo trono. ¿Quién se encarga de ello?

Tasia se estremeció al ver avanzar a Iván y decir con frase ruda:

—¡Yo!

—¡Magnífico! Ve, y que la suerte te acompañe. En estos momentos se halla prisionero en Tosno.

—Voy ahora mismo.

Tasia no quiso escuchar más. Como los conspiradores rodearan a Iván felicitándole por su ofrecimiento, ella logró marchar sin ser vista y salió a la calle.

Nevaba. Subió a un trineo y se hizo conducir a la fortaleza de Tosno. Tenía el anhelo de salvar a Eugenio, porque le amaba y ésta es la única causa de todas las acciones humanas.

Llegó a la prisión. Unos soldados le quisieron impedir la entrada, pero al fin un sargento no tuvo inconveniente en dejarla pasar a la estancia que ocupaba el Gran Duque.

—¡Tasia... mi amor!—dijo Eugenio, besando sus labios.

—¡Huye! ¡Si me amas, huye! ¡Vienen a matarte! ¡Iván Petroff se dirige hacia aquí!

—¡Toda huída es deshonrosa!

—La revolución ha sido también deshonrosa. Márchate antes de que sea demasiado tarde... Nos reuniremos para siempre en algún pacífico pueblecito.

—¡No!... Mi deber está por encima de todo... No puedo huir. He dado mi palabra de honor de permanecer aquí.

—¡Si me amas, huye! Acuérdate de aquella noche en la cabaña. ¿Tan poca cosa represento en tu vida?

Aquella evocación sensual le decidió.

—Bien... Huiré contigo.

Pero apenas habían tomado aquella determinación, cuando llamaron rudamente a la puerta.

Eugenio corrió a ocultarse en una pequeña estancia que comunicaba con la celda, y Tasia, armándose de valor, abrió la puerta.



—*Acuérdate de aquella noche en la cabaña.*

Entró Iván Petroff, quien dijo, sonriente:

—¿Tú aquí, Tasia? Muy de prisa has venido... Y has

querido salvarle, ¿eh? Me lo figuraba. ¿Pero donde está el Gran Duque?

—Haz un pequeño esfuerzo de inteligencia—le contestó, burlona.

—¿Qué quieres decir?

—Que mires la ventana.

Iván se asomó y vió el campo nevado.

—He hecho el esfuerzo de inteligencia... No veo ninguna huella en la nieve. El Gran Duque no ha huído... y está aquí.

Iván avanzó por la habitación, y al ver una puerta entreabierta penetró violentamente en ella.

Momentos después volvía a aparecer acompañado del Gran Duque.

—¡Paso!—dijo Iván—. ¡Este hombre debe salir de aquí!

Pero Tasia había cogido un revólver y apuntó el arma contra su propio corazón.

—Entiéndeme bien, Iván. La vida de este hombre me es más querida que la mía propia. Si no quieres que me mate... júrame que le salvarás, y te creeré.

Y señaló la imagen de una virgen que estaba colgada en la puerta. Eugenio e Iván comprendieron que iba a cumplir su palabra.

Iván retrocedió, asustado ante aquel acto de locura. Y aquel terrible soldado que odiaba profundamente al Gran Duque porque había logrado conquistar el corazón de Tasia, sintió que algo se desgarraba en su alma. La amaba demasiado para dejarla morir...

Vaciló unos instantes, pero al cabo tomó una resolución definitiva.

—¡Sea! ¡Le salvaré! ¡Te lo juro!—dijo, extendiendo su mano hacia la virgen.

—¡Gracias, Iván! ¡No esperaba menos de ti!

Y dejando el arma corrió hacia el Gran Duque y llenó de besos su cara.

La expresión de Iván era, sin embargo, sombría. Contemplaba a Eugenio con odio...

—¡Ea! ¡Salgamos pronto!

—¿Cumplirás tu palabra?

—¿No lo he jurado? Pues por tu bien no insistas. Tasia, tú espera aquí. No debemos llamar la atención. Quiero ver si es posible hacerle salir inmediatamente.

Salieron los dos hombres, y abajo se encontraron con el general Taranoff y numerosos grupos de soldados.

—¡Ah!—dijo Taranoff—. ¿Bajas con él para fusilarle? Pues bien, manos a la obra. Tú, Iván, darás la señal de fuego.

Eugenio se estremeció y miró a Iván, que tenía ahora una sonrisa burlona.

—Sí... os podéis despedir del mundo... y de la mujer. ¿Pues qué os habíais creído?—dijo Iván, riendo a carcajadas.

—¡Traidor! ¡Miserable!—le increpó Eugenio, comprendiendo la infamia.

—No te canses insultándome, porque has de morir en seguida. ¡En marcha!

—Avísame cuando se haya cumplido la sentencia—dijo Taranoff.

—¡Será pronto! Deseo más que tú acabar con la vida del amante de Tasia. Ella está arriba, en la celda.

—Voy a ver a esa mujer comunicándole que el Gran Duque va a morir.

Este les escuchaba serenamente. No quería cambiar palabras con aquellos traidores. Sentía únicamente morir por dejar a Tasia en poder de Iván.

Le condujeron al patio donde se debía celebrar la ejecución. Iván se paseaba agitado de un lado a otro. Tal vez le remordía la conciencia aquella hilera de soldados cuyos fusiles quitarían la vida al duque.

—Antes de fusilarlo, quiero que cavéis allá lejos la fosa. ¡Rápidos!—les dijo Iván.

Los muchachos corrieron a abrir aquel hoyo. Eugenio contemplaba con espanto cómo iba abriéndose aquel surco que le encerraría para siempre.

Iván seguía sonriendo de modo enigmático, cruel... De pronto avanzó lentamente hacia su prisionero, le miró con sorda rabia, le habló...

* * *

Taranoff había entrado en la celda donde aguardaba impaciente la bailarina.

Mirándola con brutalidad, le dijo:

—Ya sé porqué estás aquí. Has venido a salvar a tu amante... Fracasaste; pero yo no fracaso nunca.

—¿Qué quiere decir?—preguntó con espanto.

—¡Mira!—dijo Taranoff, acercándose a la ventana.

Un espectáculo inaudito se presentó ante los ojos de Tasia.

Tuvo que apoyarse fuertemente para no caer, aplastada por la violenta emoción.

—¡Oh, Dios mío!—gimió.

Vió a los soldados que apuntaban, vió a Eugenio con los brazos cruzados sobre el pecho y mirando con arrogancia a los que iban a fusilarle, vió a Iván sonriendo brutalmente y dando la orden de ejecución.

—¿Qué te parece?—dijo Taranoff—. Ya te dije que habías llegado tarde.

—¡Canallas! ¡Canallas!

Sonó instantáneamente una descarga cerrada, y Tasia distinguió entre una nube de humo un cuerpo humano que caía a tierra.

—¡Eugenio! ¡Eugenio!—gritó—. ¡Esto es un crimen... una infamia!

Y llorando llenaba de insultos al general Taranoff.

—No llores—decía éste—. No está bien que una hija del pueblo derrame lágrimas por los que oprimieron a la patria.

—¡Miserable! No es a ti a quien odio más, sino al traidor que me engañó. Dile a tu cómplice... a Iván... que es un perjurio... ¡y que le mataré!

—¡Loca!

Marchó Taranoff, y Tasia permaneció llorando, caída en tierra, agitada por un continuo temblor y pronunciando el nombre del amado con una desesperación de niña abandonada.

Se levantó al ver a un soldado que aparecía por el marco exterior de la ventana, y recomendándole que guardara silencio le arrojaba un papel.

Lo desdobló nerviosamente y leyó:

Tasia: Mañana temprano, a las ocho, esté usted en la posada del camino de Rodka a Oremburgo.

Un amigo.

Aquella carta le trajo un mundo de dudas, de confusiones, de inquietudes. ¿Qué misterio encerraba aquel mensaje entregado con tanta cautela?

¡Oh! ¿Sería acaso alguien que le citase para darle medios de venganza, para facilitarle la ocasión de luchar contra los tiranos que acababan de aniquilar su vida?

No dejaría de concurrir a la extraña cita. Para vengar a Eugenio daría la vida si preciso fuera.

Y enjugándose sus últimas lágrimas abandonó con inmenso dolor la sombría fortaleza de Tosno.

* * *

A la mañana siguiente, Iván, que era el "amigo" que había escrito a la bailarina, se encontraba en la posada esperando su próxima llegada.

Eran las ocho en punto. No tardó Tasia en aparecer, y al ver a Iván dió un paso atrás bajo la impresión del asombro.

—¿Qué me quieres?—rugió—. ¿Tienes aún valor para presentarte ante mis ojos?

—Espero que no me odiarás demasiado. Ten confianza en mí. ¡Sígueme!

Entraron en una habitación. Tasia, emocionada, hubiera caído en tierra a no sostenerla unos brazos de hombre que rodearon su talle.

—¡Tasia!—gritó una voz.

La bailarina vió entonces junto a ella al Gran Duque Eugenio.

—¿Pero es posible? ¿Vives? ¿No sueño?... ¡Tú... tú! Y abrazaba y besaba a Eugenio con delirio.

Iván les miraba sonriente, con la alegría del hombre

que nada gana haciendo el bien sino es su propia satisfacción, el dulce contento de su conciencia.

Pasados los ardientes e inevitables transportes, Tasia preguntó:

—¿Cómo te las arreglaste para salvarle, Iván?

—Pues me las arreglé usando mi cabeza. Para algo había de servirme. Verás. Mientras los soldados cavaban la zanja, yo cambié los cartuchos de bala que tenían los fusiles por otros de pólvora, y luego advertí a Eugenio que se hiciese el muerto cuando disparasen...

"Todo ocurrió como había previsto. Eugenio cayó, y como los soldados quisieran enterrarle, ordené que se marchasen, pues yo mismo me cuidaría de la tarea... Después ayudé a escapar al duque... Llegamos a esta posada... y aquí nos tienes. Y ahora todo está dispuesto para que huyáis.

Tasia, conmovida, le abrazó.

—¡Gracias de todo corazón, Iván!

—¡Sí, amigo, muchas gracias!—dijo el Gran Duque estrechándole fuertemente la mano.

—No perdáis el tiempo. Podrían daros alcance. Un trineo os espera... Adiós, Tasia. No me atrevo a decirte que he hecho todo esto por ti...—dijo con voz ahogada por la ternura.

—¡Adiós, Iván!—respondió Tasia, comprendiendo su sacrificio, viendo que por amor a ella, para que ella no sufriera, había salvado la vida a su rival—. ¿Y qué vas a hacer ahora?

—Comer aquí... y luego voy a matar a Taranoff... para entretenerme en algo.

Subieron al trineo, que pronto no fué más que un

punto en la lejanía. Iván suspiró dolosamente, como si se arrancara de su pecho la última espina del amor perdido. Pero luego se echó a reír.

—Ya estoy fastidiado de ser el único hombre en toda Europa que tiene la cabeza en su lugar—murmuró.

F I N

Números publicados:

El exprés azul

El batelero del Volga

El pueblo del pecado

El espía

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

BARCELONA: Barbará, 16; MADRID: Caños, 1

Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis

Teléfono 18551 - BARCELONA
